

La búsqueda de claridad termina en la delimitación de los ámbitos donde el lenguaje puede expresarse, y el mundo se ve «correctamente»³¹. La propia estructura del *Tractatus* va estableciendo un desarrollo progresivo que culmina con la exigencia de silencio sobre lo que compete a la acción moral. Es bien conocido que, cuando Wittgenstein terminó de escribir su libro, abandonó la actividad filosófica para poner en ejercicio la parte no escrita. Entre otras ideas que se pasaron por su cabeza, una de las cuales fue –curiosamente– ordenarse sacerdote, la que más rápidamente le pareció poder llevar a la práctica fue la de dar clase a niños para transmitir –según su propio testimonio– la enseñanza moral y existencial de los Evangelios. En otro arranque de coherencia, se quiso deshacer de su fortuna, entregándosela no a gente auténticamente necesitada, sino a sus hermanos. La razón esgrimida no deja de tener sentido dentro de la lógica wittgensteniana: no distribuyó su dinero a los pobres para que no se corrompieran. Sus hermanos ya estaban corruptos a causa del dinero que tenían.

Podemos dudar, quizás, del acierto con el que Wittgenstein manifestaba su discernimiento acerca de los compromisos morales. Pero lo que se advierte en todos ellos es un continuo intento de poner en ejercicio lo que se alcanza o se advierte con claridad. Cuando se retiró a ejercer de maestro en el Sur de Austria, su vida transcurrió con una singular austeridad, lo que resulta chocante en alguien que había nadado en la opulencia durante su niñez. Lo cierto, no obstante, es que su retiro entre los campesinos –a quienes había idealizado por sus lecturas de Tolstoi– finalizó con un desengaño y una relativa frustración. De todos modos, no fue fácil su vuelta al mundo de la filosofía. Tanto F. Ramsey, como Russell y John Maynard Keynes, hicieron numerosos esfuerzos para que retornase a Cambridge, pero Wittgenstein volvió –en realidad– porque pensó que nuevamente tenía cosas que decir en el terreno filosófico. Su búsqueda de claridad³² en el pensamiento le volvía a exigir poner en ejercicio su capacidad de análisis. Precisamente la esencia de su última filosofía es aclarar³³. Aclarar los enredos filosófi-

³¹ Actualmente, se puede ver en la tumba de Wittgenstein una pequeña escalerita de madera –puesta por algún desconocido devoto– que refleja la metáfora utilizada en el *Tractatus* para hablar del papel de la filosofía (6.54).

³² «Para mí (...), la claridad, la transparencia, es un fin en sí»; Observaciones, p.23 (1930).

³³ Cf. Investigaciones Filosóficas *133: «Pues la claridad a la que aspiramos es, sin duda, completa. Pero esto sólo significa que los problemas filosóficos deben desaparecer completamente» (redondas del autor).

cos por medio de la evaluación de los modos que tenemos de usar las palabras. Ésa es la tarea de la filosofía. No importaba que no se hubiera publicado nada tras el *Tractatus* y su artículo «Some Remarks on Logical Form». Es la esencia del trabajo y la intención que lo guía, las que dan validez a su obra, por lo que a Wittgenstein no le importó tomarse su tiempo, hasta el punto de que las *Investigaciones Filosóficas* vieron la luz dos años después de su muerte. No deja de ser esto una aparente paradoja en el que ha sido considerado filósofo más influyente del siglo XX.

Como ha señalado Schulte³⁴, para Wittgenstein, el tono de vida que uno quiere tener, la forma que a ésta se le quiere dar, debe estar en completo acuerdo con lo que uno mismo considera que es lo correcto. Es la honestidad para con lo que uno entiende como lo bueno, lo que mueve la acción y le da sentido. De ahí la lucha entre aquello a lo que el individuo se ve inducido por tendencias y apetencias, y –por otro lado– la necesidad de coherencia que envuelve el impulso hacia la decencia. En varias ocasiones, Wittgenstein comentó a sus amigos la necesidad de hacer una «confesión». De revelar algo que le llevaba atormentando durante años. Él mismo había escrito que una confesión es parte de una nueva vida³⁵, y era el peso de haber mantenido algo oculto que manchaba el orden de su autoexigencia moral lo que le mantenía en vilo hasta el punto de estimar necesario el hacer una confesión pública. Por el testimonio de M. O’C. Drury y Fania Pascal³⁶ sabemos que esta confesión de los «pecados» de Wittgenstein consistió en reconocer que en varias ocasiones había mentido. Posiblemente en lo relativo a su identidad judía al hablar de ella a sus amigos. También en un suceso acaecido cuando era maestro en Otterthal en 1926. En castigo a una alumna, la había golpeado, hiriéndola. Cuando la niña fue a quejarse al director de la escuela, Wittgenstein lo negó todo. A pesar de los años que habían transcurrido, todavía tenía el sentimiento de haberse comportado de forma vil y cobarde por no haberse atrevido a decir la verdad. Esto le hacía sentirse indecente.

Muchos autores han señalado repetidamente esta exigencia moral. La obligación debida a aquello que uno entiende honestamente como lo correcto. Una exigencia que alguien ha asociado a la presencia de una cierta sensibilidad judía por la preocupación que Wittgenstein ma-

³⁴ Cf. «*Letters from a Philosopher*», en: James C. Klagge (ed.), *op. Cit.*, p. 177.

³⁵ Cf. *Observaciones*, p. 42 (1931).

³⁶ Véase, por ejemplo, lo que la última escribe al respecto en: R. Rhees, *op. Cit.* Pp. 79 a 84.

nifestaba en la idea de un Juicio Final³⁷. Quizás la conciencia de Wittgenstein se había visto sacudida infinitas veces por el conflicto entre *lo que debe ser* y la debilidad de nuestras tendencias humanas³⁸. Pero en ese transcurso se puso a prueba la búsqueda del esquema en el que la vida adquiriría su sentido, y se hizo con una fuerza que ha caracterizado a Wittgenstein como a pocos.

El testimonio de la señora Bevan sobre la muerte de Wittgenstein es precisamente un buen colofón a esa vida densa y de continuo tránsito que el filósofo tuvo: «Como he dicho, era completamente honesto y *nunca dijo nada que no quisiera exactamente decir*. Las trivialidades convencionales y ordinarias de la conversación no estaban hechas para él, por eso, cuando Edward le dijo que sólo podría vivir unos cuantos días, exclamó: «Bien». Permanecí con él en su habitación la noche del 28 y le dijimos que sus amigos de Inglaterra vendrían al día siguiente. Antes de perder la consciencia esa noche, dijo: “Dícales que he tenido una vida maravillosa”»³⁹. Ése fue su último y mayor acto de coherencia.

³⁷ Cf. J. Hayes, *op. Cit.*, p. xvii.

³⁸ Véase la problemática relativa a «la vida en el espíritu», que he comentado en *Religión y Relativismo en Wittgenstein* (Ariel, Barcelona 2001).

³⁹ Joan Bevan, *op. Cit.*, p.137. *Cursivas mías*.

ndio o un
as cajas de
os metálic
emplaza
ratos, se
e Ud.
que c
r de
ón

uertas. L
s archiv
entos in
ar, cont
nfórmes
iones
ibuid
cup

